

# La felicidad y otras complicaciones

Por Hernán Lavín Cerda

## 1. El perro de siempre

Un famoso fotógrafo llamado Martín Brugnoli, recuerda que en las fotografías de su álbum familiar habrá siempre un perro, aunque su familia nunca fue aficionada a esos animales que sólo provocan urticaria, romadizo, jaqueca u otras reacciones alérgicas. Brugnoli descubrió que ellos pedían un perro prestado para los retratos familiares o posaban frente a una limousine que tampoco tenían. Este fenómeno permite ver que todos los retratos se organizan al



rededor de un perro prestado; ese cosmético social que organizará la imagen para que ella sea querida y respetada por los otros. Nadie conoce, hasta la fecha, cuál es el nombre o la raza del perro

que agita su cola como si estuviera lejos de la fotografía que lo contiene. No podríamos negar que el perro está feliz, a pesar de su momentáneo aburrimiento. Su cola es un signo alegórico, un objeto dual, una representación cinética.

Diríase que la expresión fabricada, que organiza el retrato, defiende a nuestra familia de la vergüenza de instalarse frente al ojo público. El maquillaje disimula su rostro. Se puede decir, entonces, que todo retrato es un rostro oculto; tal vez por eso se originó como un arte destinado a los muertos.



## 2. La luz de Taxco

La luz de Taxco es un peligro para la inteligencia que sólo descubre el poder de lo esencial. Estamos en presencia de una claridad cuya virtud es clausurar todo, desde el horizonte hasta las primeras líneas del espejismo o la parodia. No hay sombra y los objetos se hunden en esta falta de densidad, cuando sabemos que solamente lo sombrío puede constituir su memoria o el ritmo que les permita sobrevivir en el recuerdo. Todo ser busca la media luz y prefiere las tinieblas al tormento celestial: así los animales racionales e irracionales, así también las piedras o los árboles en cuya cima muere el sol y la luna se protege.

Caminamos por Taxco y la luz es el único obstáculo para poder ver la luz que se oculta y germina en el fondo de las aves o las flores. Poco a poco desaparezo en estos detalles que no alcanzo a distinguir; no hay matices y, sin sombra, soy quizá lo más lamentable: el olvido proyectado por la luz. No sé quién fui, pero vamos a ciegas y podemos tocar el vacío cuyo destino no se descubrirá jamás.

### 3. La felicidad

Les confieso que desde ayer amanezco feliz en cuerpo y alma. Una felicidad incontenible. Desde ayer me voy riendo a carcajadas bajo los árboles del Parque Hundido, y hasta los camiones de la Ruta 100 provocan la incertidumbre del júbilo en mi espíritu. Alegre, uno respira como un sapo en el horno. Diríase que aún mantengo el equilibrio platónico y trato de escuchar, con ojos de sapo, el paso de mi espíritu a través del horno. Soy el único sapo en el Parque Hundido y puedo escribir con pulcritud, como un filósofo de alcurnia; no obstante, pienso que no podría abandonar del todo la prosopopeya. Me refiero, como es lógico, al espacio dominado por las contradicciones del verbo, por más preciso que éste sea. No sin dificultad he llegado a la siguiente reflexión crítica: "Apesadumbrado por mis experiencias, giro, sin embargo, sobre mí mismo, y estoy feliz como un perro que ha descubierto al fin su verdadera imagen. Sollozo con cierta precisión o alegría, y sigo riéndome como Samuel Beckett en una nube de smog. Dentro de esa nube me descubro en un gesto casi autista, una risa inconfundible: la explosión del sentido, la dicha sin límites".

Y aquí me tienen una vez más, respirando por la boca. Soy un niño cuya imagen se escurre a la manera del agua sobre el polvo. Puro barro, sombra, y una sonrisa con ojos de sapo en el momento de subirme al autobús que habrá de llevarnos a ninguna parte, platónicamente, ahora mismo.



### 4. El cuerpo de Coyolxauhqui

Como si fuese un hurón o una corneja, esta mañana pude arrastrarme y luego me sumergí en el cuerpo de Coyolxauhqui. Ahora puedo decir que su ombligo está vacío, pero la calavera ocupa el lugar que alguna vez estuvo destinado a su clítoris. Probablemente ella no tuvo más orgasmo que el de su decapitación en el cerro de Coatepec; sus tobillos casi no existen, sus piernas se confunden, sus brazos han sido dislocados por la furia fratricida de Huitzilopochtli, y hay una mano que perdió sus uñas. La diosa lleva cascabeles en sus mejillas y su nariz cuelga de una nariguera que me obliga a reflexionar sobre su sentido del humor. El desmembramiento está en rotación perpetua y México se reconoce en ese círculo: cada miembro gira y a mayor velocidad acaba por confundirse o convertirse en su contrario. Las piernas son labios que son brazos que son ojos, y nadie podría interrumpir esta metamorfosis. La hija de Coatlicue se divide, tal vez se multiplica y nos señala el camino que conduce a la estética del fragmento: ella es nuestro voyeur.

Collage de sí misma, Coyolxauhqui hace de toda fuga una fuerza centrípeta; puedo decir que su poder reside en esa traslación rotatoria que es apenas perceptible. Diosa inmóvil y trashumante, esfera con su cono siempre oculto.

Ahora me río de los mechones que cubren tus orejas, como de tus sandalias o de aquel cráneo de mono que jamás terminé por descubrir; aquí todo es un enjambre y el vacío está ocupado por el ritmo de las serpientes de ombligo dual y cabeza múltiple. Poco a poco pierdo el juicio y llego a tocar las volutas que son el escudo bajo el que se protegen tus pezones: cimborrios, dedales, nísperos, úvulas, aromas de cinamomo, de cupulíferas, y locura cupulina.

Nunca vi senos tan profundos, nunca vimos tal escorzo: cascabeles sobre esta bóveda que acaba por hundirse en su propio espacio.

Entonces llega la noche y antes de abandonar el Templo Mayor descubro que el origen siempre se oculta más allá del fin: Coyolxauhqui se ríe y muerde su lengua de un modo lascivo, cómico, audaz, agonizante, cruel.

## 5. Un poco de agua

Quisiera reír pero me duermo. Vivo con sueño, siempre. De pronto me despierto, alcanzo a sonreír pero me duermo. Algunos creen que mi sonrisa es un signo fetal. Intrauterino, duermo burlándome de mis sueños. Quisiera dormir, qué comezón, qué soledad, qué hambre, pero me olvido. Quisiera reír pero de pronto me despierto. No alcanzo a tener miedo. Sólo tengo sed: agua, no me olviden, un poco de agua.

Quisiera dormir pero me levanto, apago la luz, cierro la ventana, enciendo la luz y descubro que otras sombras se deslizan por la habitación y viven con sueño, siempre. No alcanzo a verlas pero ellas me reconocen y me despiertan, se burlan durmiéndome y de nuevo me despiertan. Agua, no se olviden de mí, otro poco de agua.

## 6. La cadena

¿Qué se puede hacer cuando uno estornuda en cadena, más de siete veces, y descubre que tiene alergia de sí mismo? El sujeto de estas reflexiones cree dominarlo todo, y ni siquiera conoce el ritmo de su propia histamina; tampoco sabe si el origen de su perplejidad se encuentra en los pelos del perro, en el vaivén de su cola, o en las glándulas sudoríparas del gato cuyo lomo se estremece como una lombriz.

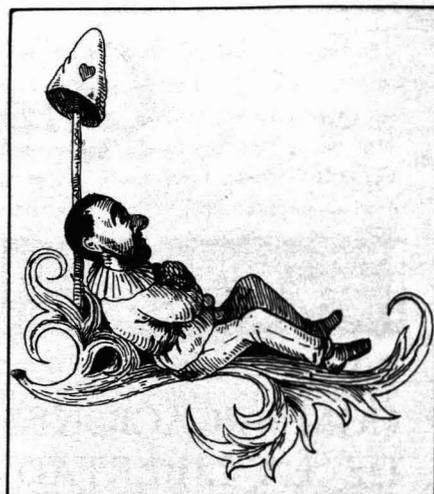
El sujeto al fin no sabe nada; como dirían los antiguos, nada de nada: nunca sabrá si echarle la culpa al gato, al perro, o a las pelusas de la alfombra donde a veces trata de dormir inútilmente. Uno tampoco está capacitado para saber si todo empezó bajo los árboles y en los días de la polinización.

El asunto es más complejo, sin duda, y el sujeto del texto, como si hubiese perdido la cabeza, consume antihistamínicos a cada instante y se deja llevar por la cadena de estornudos. ¿Hay otra alternativa? Uno acaba muriéndose y nadie sabe si la resurrección, entre un estornudo y otro, será todavía posible.

## 7. Un pájaro en la cabeza del bisonte

Comienzo a envejecer. De un modo petulante, se diría: "Por segunda vez vuelvo al origen". Desde este ángulo del zoológico diviso al bisonte y descubro que no es desnudo; ningún animal podría soportar la desnudez. Todo en ellos es ridículo y agradable.

Ahora veo cómo un pájaro se ha detenido sobre la cabeza del bisonte. No vuela una mosca y aunque estoy pensando lo contrario, afirmo que esta composición es esperpéntica. Hipnótico, el bisonte no se mueve y su edad es, por ello, indescifrable. De tan viejo, es casi un animal joven. Como yo, como el pájaro, como estas moscas que vuelan y se acoplan, desnudas, sobre mi cabeza.



## 8. De nuevo la vejez

Ciertamente, la vejez es el hecho más inesperado de todos los que le ocurren al hombre. Se trata de un fenómeno inaudible, al punto que el primero en registrarlo es el oído que acaba perdiendo sus facultades perceptivas. Uno se vuelve viejo, paso a paso, y lo imperceptible está constituido por el universo de cada célula. Pudiera decirse que empieza a fallar la memoria de la célula y el organismo se desarticula químicamente. Lo mismo le sucede al instinto: se pulveriza el sistema eléctrico que lo constituye y la energía se desconoce a sí misma.

Esta mano, por ejemplo, escribe lo que ya no recuerda, y la otra no sabe lo que está sucediendo. Sin embargo, la situación se desarrolla de una manera armoniosa y la vejez nos alcanza cuando la habíamos olvidado. ◊



Hernán Lavín Cerda (Santiago de Chile, 1939) licenciado en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. Ha publicado varios libros de poesía y de narrativa.

Fragmentos del libro inédito *La felicidad y otras complicaciones*